

## Invitación al heroísmo

...Un gran pueblo no es precisamente un pueblo de grandes leyes, sino un pueblo de hombres libres y dignos por mandato de su propia individual conciencia. Pliega los labios una dolorosa sonrisa la lectura de ciertas constituciones y de ciertas leyes de algunos países, la realidad de cuya vida civil y política suficientemente conocemos. Son disposiciones que subyugan el ánimo por su liberalidad y por su sabiduría; son verdaderas repúblicas platónicas extraviadas en las páginas de las gacetas oficiales. Las leyes inglesas son, por el contrario, pocas, generalmente anticuadas y a veces aberrantes. Pero recuerdo que un día me hallaba yo en una exposición en Wembley, en Londres, exótico y mal trajeado estudiante. Allí se exhibían los progresos industriales del formidable imperio, y medio millón de hombres de todas las latitudes la visitaban diariamente. Frente a un "stand" me quedé admirando unos pequeñísimos gramófonos de perfecto sonido; y el encargado de la venta me invitó a examinarlos más de cerca con el fin de que adquiriera uno. Le manifesté que no tenía dinero en el bolsillo, y él me dijo que le girara un cheque. Yo tenía algunos centavos en el banco, pero tampoco llevaba la chequera conmigo; inconveniente que obvió el solícito hortera al tenderme uno de esos cheques sin talonario ni nombre de la institución bancaria, que son tan comunes en el Reino Unido. Obtuve así la propiedad y posesión inmediata del objeto, contra una firma mía. Firma de un adolescente extranjero, en cualquiera otra parte sospechoso por su presentación inadecuada; firma de un infinito anónimo en aquella infinita babilonia. Pero no se trataba de un temerario rasgo del ventero; es que en Inglaterra existe un nivel tal de moralidad pública, que no se concibe cómo un individuo consciente podría deshonorar la propia firma.

Pensando en estas y muchas otras cosas yo he llegado a la convicción de que lo que esta patria nuestra necesita para regenerarse es un vuelco fundamental en el modo de concebir y de apreciar la vida. Numerosas causas han hecho que el hombre colombiano haya perdido la confianza en el resultado final del propio esfuerzo; en modo que se presenta el fenómeno paralizante de que todos queremos recibir sin haber dado. Antes de que el furor de la cadena de la fortuna hubiera llegado hasta nosotros, ya el sistema lo teníamos aquí estatuido y patentado, sin convencernos de que, independientemente del aspecto moral, constituye un inmenso engaño colectivo del que muy contados aprovechan. Tres actividades fundamentales hay en la república: la burocracia, el salaríato y los negocios. El empleado público cambia un trabajo mínimo por una remuneración segura; el trabajador manual ha encontrado en la explotación de su pereza el único medio de retaliación contra la explotación de los patrones; en el mundo de la industria y del comercio, no hay negocio bueno que no consista en enriquecerse a costa de la contraparte. Y, en otro orden de ideas, el departamento quiere vivir y prosperar a costa de la nación, y a costa del departamento, el municipio; en tanto que la nación misma ha hecho grandes progresos en el pasado y ha adquirido un buen equipo por medio de empréstitos extranjeros; y lo que menos le preocupa en la vida es el pensamiento de haber contraído una ingente deuda, que los prestamistas estiman que debería satisfacerse.

Sería largo pasar en revista lo que acontece en los demás sectores de la vida social, en la política, en el ejército, en las comunidades, en la beneficencia, en la alta y en la pequeña finanza. Todos aquí aspiramos a un bienestar inmovilizado; y el progreso de las loterías y de la usura es seguro indicio del estado de ánimo. Se dirá que es éste un cuadro moral demasiado pesimista y que existen ejemplos numerosos de individuos que luchan cuerpo a cuerpo con la vida; próceres ignotos del esfuerzo; pero es precisamente de condiciones creadas, de situaciones establecidas en desventaja del esfuerzo, lo que hace ese esfuerzo cada día más meritorio, más difícil y más raro...

Si se examina con detenimiento la realidad psicológica colombiana, se concluye que no es propiamente inteligencia lo que nos falta, sino que nuestro daño está en deficiencia de la voluntad, en deficiencia del carácter. Hace poco asistía yo a un examen en una escuela pública; y quedé asombrado de la prontitud, de la agilidad, de la perspicacia con que aquellos niños respondían a las preguntas del maestro, aun si la contestación no era la adecuada. Ellos trataban de llevar la pregunta del maestro, de su precisión inequívoca, a aquel sector, a aquel capítulo, a aquel párrafo que mejor había quedado grabado en su memoria; y lo hacían con una habilidad extraordinaria que nos hacía sonreír a todos por la rapidez y la malicia del proceso mental. Era el primer esfuerzo infantil, revelador de despierta inteligencia, de aquella simulación de la cultura que predomina en nuestras esferas intelectuales y de la cual nos hablaba Eliseo Arango. El primer destello intelectual de aquellos niños iluminaba, casi intuitivamente, las regiones del fraude.

El carácter consiste en un patrimonio organizado de hábitos de reacción. A implantar y fortalecer esos hábitos tienden los métodos educativos orientados en la psicología moderna. Esta ciencia ha demostrado el profundo error psicológico de la escuela platónica y de las que en ella se informan en materia de educación, consistente en pensar que basta conocer el bien para seguirlo. Según las leyes descubiertas por la nueva psicología, la moral no consiste en el conocimiento, sino que resulta de la formación de los hábitos. La escuela debe tender a la formación de buenos hábitos en el alumno; pero la vida es más larga que la escuela, y es preciso que el mozo y el hombre por sí mismos continúen y afiancen esta labor de disciplina, con referencia a todos los problemas de la vida y a todos los horizontes del espíritu.

Cuando se discutía el Protocolo en el Senado, me hallaba un día frente a la puerta de un café, escuchando en medio de un corro de viandantes, una bella oración del doctor Eduardo Santos. Yo lo escuchaba complacido, a pesar de no compartir en modo alguno sus ideas respecto del pacto, porque se trataba de un amigo que estaba hablando con sin-

ceridad y gallardía; y por el radio llegaba en ondas sucesivas el estruendo colosal de los aplausos. Pero de ese sentimiento de simpatía me arrancó repentinamente el entusiasmo delirante con que un vecino mío, mayor del ejército, escuchaba y comentaba a gritos el discurso. Santos hablaba en esos momentos contra la guerra. "Formidable, grandioso", decía el oficial, gesticulando y agitando la arrogante capa. "Así se destruye a esos vagabundos que nos quieren meter en una guerra". Esto decía un mayor del ejército de Colombia, mientras su sable, que se había descolgado de la cintura por el entusiasmo, rastrillaba, con un sonido marcial, las losas de la acera.

No predomina precisamente en el país el espíritu heroico. Pero yo no quiero referirme a la actividad guerrera. Quiero referirme al heroísmo de la vida diaria. A aquella facultad de aspirar a cosas grandes, a aquella magnanimidad que da por descontados los reveses, a aquella disciplina individual de vida que permite laborar día por día, con intenso ardor y sin desfallecimiento en la persecución de un ideal lejano. Quiero referirme a la victoria dura y a la derrota silenciosa en aquellas actividades de la existencia que no parecen tener rasgos románticos. Su apasionante romanticismo está en el espíritu con que se cometen; en la dignidad que les confiere la llama de ideal que arde en el alma.

A mí me interesa particularmente hablar con los estudiantes y con ellos hablo con frecuencia. Yo les pregunto por su ideal de vida, por sus planes para el futuro, por los medios que juzgan adecuados para cumplir fielmente su destino. Generalmente me responden que buscarán en las profesiones liberales una buena manera honorable y tranquila de ganar la vida; irán a Europa, adquirirán buenos instrumentos de trabajo, regresarán al país a abrirse campo entre los de su gremio, en la sociedad y en la vida de las comodidades. Otros tienen proyectos de mayor alcance intelectual y moral; desearían ser investigadores científicos, reformadores sociales, grandes oradores parlamentarios; y yo simpatizo con su ambición y con su sueño. Pero cuando inquiero acerca de sus planes próximos para llegar a esas alturas, me dicen que andan en la prosecución de un pequeño empleo

en las cámaras, que les permita subsistir mientras se labran su carrera; sin pensar que el empleo les recortará totalmente las alas. Muy pocos son los que tienen un concepto más serio de la vida. Son aquellos muchachos independientes, un poco estrambóticos, un poco visionarios, que se curan poco de las conveniencias inmediatas. En ellos cifro el progreso y la gloria de la patria; en ellos reconoceré a los futuros conductores.

Hay que aspirar, en primer término, a vivir duramente, y los caminos más duros de la vida son los caminos de la independencia. El hombre que depende de otras personas, el que se resigna al vasallaje, resuelve de una vez grandes problemas. No tendrá que pensar, cosa difícil; y se descargará de una vez por todas de amargas responsabilidades. En tanto que el hombre que busca su camino por sí solo habrá de torturar continuamente su cerebro y se llenará de responsabilidades propias. Es más fácil ser soldado que general, es más fácil ser empleado que empresario, es más fácil ser individuo de la multitud que conductor de multitudes. La relación de dependencia releva de la responsabilidad, pero deprime y embrutece. A esa relación se ven forzados en Europa y en la América del Norte, incontables individuos, por haber llegado a la vida en momentos en que todas las direcciones de la actividad, aun las más inusitadas, se habían metodizado y habían consolidado su propia jerarquía. Pero en un país como el nuestro, cuyas quintas partes no están aun cubiertas, el espíritu gregario representa un delito contra la patria; y la irresponsabilidad constituye un robo al porvenir.

Basta considerar el ejemplo clásico del papeleo, que es raíz del desbarajuste de la administración pública. Los papeles pasan de funcionario en funcionario y de oficina en oficina, con autos en que cada funcionario espera que el siguiente u otro cualquiera resuelva el problema; o al menos a que se diluya la responsabilidad de la determinación final en el mayor número posible de individuos. Es un caso sintomático de falta de valor civil en la ciudadanía. Pase al empleado tal para que informe; pase al abogado para que dé concepto; pase a la contabilidad para que rectifique la cuenta; pase al archivo para que envíe los comprobantes; devuélvase al ciu-

dadano solicitante para que amplíe y ratifique el denuncia; todo ello es papeleo inútil, que hace nugatoria por lo tardía la acción del Estado, y que se asienta en una inmensa cobardía. En este pequeño caso, el heroísmo consistiría en resolver, con plena conciencia de la responsabilidad el asunto, en vez de "tramitarlo", según la consagrada frase burocrática.

Para que la vida tenga un significado para nosotros, tenemos que comprometernos en la vida. Ver de lejos los hechos, esconderse a los sucesos, es vegetar ignominiosamente. Ser actor en la vida es a lo menos a que puede aspirar un sér viviente. Hay que actuar para ser verdaderamente hombres. La acción transforma la vida externa, pero mayormente transforma y vivifica la vida interior y allí reside su mayor importancia. Pero hay que distinguir entre las acciones humanas; también actúa hasta cierto punto el individuo que vemos en las oficinas públicas apuntando el número y la dirección de las cartas que llegan a un despacho y el número y dirección de las que salen; pero es esa una labor que atrofia y envilece. El empleado subalterno clava en la pared, como se clava una mariposa, el vuelo de la imaginación creadora. Hay que adoptar temprano en la vida la resolución irrevocable de no derivar el diario sustento sino de labores constructivas. Quede para aquellos a quienes venció la vida por causas imprevistas e irremediables, como los físicamente defectuosos, la labor rutinaria. El hombre joven y sano debe a la sociedad y a la patria la concentración de sus energías en cualquier clase de actividad creadora.

He hablado también de la imaginación. Sin la imaginación, sin la intuición de las cosas que no vemos, el mundo habría permanecido en su etapa primitiva. Cuando vemos la distancia que separa el dolmen galo del Palacio Farnese, y el espacio que media entre la acémila y el automóvil, comprendemos lo que debe la humanidad a la obra de la imaginación inquieta. El cultivo de las facultades artísticas es un vehículo poderoso de mejoramiento humano, porque en ellas priva la imaginación, o sea la antevisión de nuevas formas. Contra lo que generalmente se opina y se proclama, no somos nosotros un pueblo de imaginativos. Por regla generalísima no emprendemos sino en lo que ya otros hayan ensa-

yado. Y eso produce el efecto de que se establece una competencia ruinosa en determinadas actividades, en tanto que carecemos de infinidad de ocupaciones y servicios que son indispensables en la vida moderna. El debatido problema del monocultivo es una manifestación de nuestra mentalidad gregaria. No discuto su influencia en la economía nacional; sus ventajas ni sus peligros; sólo señalo el hecho diciente de que los agricultores de Colombia siembran café, porque el vecino lo ha sembrado. Piénsese, en cambio, en el temperamento creador del primer ciudadano que plantó su cafetal en la república y logró vender su grano en los mercados extranjeros. Cuando se recorren las calles de Bogotá en compañía de un forastero, se da uno cuenta, por la impresión que ciertos detalles producen en el acompañante, de la vastedad de nuestro espíritu de séquito. En cada cuadra hay tres tiendas, dos cafés y dos farmacias. Lo primero que se le ocurre al individuo que tiene en esta ciudad mil pesos libres es comprar medicamentos en una botica para revenderlos tres pasos adelante.

La inconformidad con lo presente, una inconformidad activa, que no se limite a la murmuración de los corrillos, es otro resorte espiritual de la mayor transcendencia en la vida individual y en la vida social. La resignación es signo de estancamiento; y a esa virtud mental debemos oponer el valor y la iniciativa. Valor para reaccionar contra las situaciones creadas, a sabiendas de los sinsabores que toda actividad viril acarrea; iniciativa, que es imaginación actuante, para poner en ejecución los medios que sustraigan al individuo y a la colectividad de un estado de cosas establecido a otro estado de cosas por establecerse. Hay dos polos opuestos en la vida, que son la resignación y la creación. El nuestro es un país resignado y es, por consiguiente, un país que está por crearse.

Ninguna de estas virtudes necesarias al ciudadano y a la ciudadanía podría florecer y dar frutos sin la fé, la fe profunda, la fe inmensa en un ideal más alto que la simple satisfacción de las necesidades materiales. Para la realización de un ideal se requiere la adquisición de cualidades y la formación de hábitos de vida y de lucha. Pero el ideal en sí mismo es

necesario para dar significación al esfuerzo de la voluntad y de la inteligencia; vivir sin ideales es como caminar sin brújula en la selva; es agotarse en vano. El ideal debe anteceder a la acción y dirigirla. De donde se desprende que el período de los estudios escolares y universitarios es el único propicio para la formación de un ideal para la vida.

En otra ocasión hablaba yo de las dos formas, la individual y la colectiva, de un ideal irreprochable que podría proponerse a los jóvenes: ser un hombre, formar una patria. Afirmar por el esfuerzo y por el dolor la propia personalidad ante sí mismo; que de la irradiación incontenible de las personalidades que conviven, resulte una creación nueva, superior al conjunto de los individuos, grande en su forma material, sacra en su esencia, a la que designemos con el nombre magnífico de patria. La patria como síntesis de lo más noble y puro de nosotros mismos; el individuo como ser que da en dolor lo que recibe en gloria y en orgullo.

Ser un hombre; no es un hombre cualquier individuo que figura en el censo de los adultos que de cuando en cuando levantan las autoridades. Shopenhauer hizo la distinción definitiva, una clasificación perfecta del trinomio de las jerarquías sociales: lo que se es, lo que se tiene, lo que se representa. Un hombre ante sí mismo y ante los hombres de espíritu, es únicamente lo que es. Lo que tiene y lo que representa podrá conferirle dignidades y ventajas; pero es asombrosamente precario en la práctica de la existencia, y nulo ante sí mismo. Lo que se es en realidad, en cambio, refleja las cualidades que caracterizan la personalidad humana en su sentido más extenso: salud, fuerza, belleza, temperamento, carácter moral, inteligencia, patrimonio de buenas acciones ya cumplidas. Lo que se es depende de la naturaleza y de la disciplina íntima; y esas verdaderas ventajas, son con relación a otras ventajas artificiales, lo que los verdaderos reyes son a los reyes de la escena.

La salud prevalece en tal modo sobre los otros bienes, que un mendigo alentado es más feliz que un César enfermo. Un temperamento tranquilo y jocundo, una mente lúcida, una voluntad moderada son atributos que ninguna riqueza podría subrogar en forma alguna. En la soledad más absoluta,

un hombre de espíritu encuentra en sus pensamientos y en la fantasía cómo pasar deleitosamente el tiempo, cuando vemos, en cambio, que los pobres de espíritu varían hasta lo infinito las fiestas, los espectáculos, los paseos, las diversiones voluptuosas, sin lograr liberarse del fastidio que los consume. Un carácter dulce y firme a la vez, estará contento en la indigencia, mientras todas las pompas y riquezas del mundo no sabrían satisfacer un carácter ávido, envidioso o malvado. En cuanto al hombre dotado de la permanencia de una individualidad extraordinaria, intelectual o moralmente superior, puede prescindir de la mayor parte de las satisfacciones a que aspiran los hombres: viven en la vastedad de su yo como en un mundo.

Quiero hacer aquí una observación de carácter particular. Los jóvenes de hoy aspiran a los cargos, a las dignidades, como a cosas que puedan conferirles una personalidad de que todavía carecen; y hay en ello un inmenso engaño en perjuicio de sí propios. Principalmente los que quieren consagrar su actividad a la política piensan que el elogio de un periódico o la ocupación de un alto empleo representativo les será de tremendo valimiento; y ello es absolutamente erróneo; es un cálculo equivocado. Para parodiar una frase de Gide respecto del amor, en la política, como en las viejas posadas españolas, no se come sino lo que se lleva. El individuo que no vale por sí mismo desaparece más temprano o más tarde de la escena y, durante la época de su apogeo, aquella sensación de inmerecimiento los hace más nulos e inestables. Repárese la lista de los individuos que han ocupado ministerios ejecutivos en el curso siquiera de los últimos treinta años. Los que nada valían regresaron a su obscuridad originaria y, vivientes aún, son absolutamente desconocidos. Los que valían por sí propios, los que por particular inspiración o por particular inteligencia llegaron al ministerio con un bagaje propio, sobreviven y se imponen. Puede ser que sufran temporáneas derrotas, pero un día u otro se yerguen por imposición indeclinable de su vida íntima, que los contemporáneos reconocen.

De este trinomio de Shopenhauer derivan cuatro decisivos sentimientos humanos: la vanidad, el orgullo, el ho-



nor, la gloria. Entre los dos primeros sentimientos la diferencia consiste en que el orgullo es convicción firmemente adquirida de nuestro alto valer personal; la vanidad, en cambio, es el deseo de hacer nacer esta convicción en los otros. Así, el orgullo es alta estimación de sí, procedente de la vida externa. Por eso la vanidad nos hace locuaces, y el orgullo nos hace taciturnos. El honor tiene, en cierto sentido, carácter negativo en contraposición a la gloria, que es positiva en su carácter. El honor se refiere a las cualidades, generalmente presupuestas, que se espera que cada cual posea en igual grado a los otros; se contenta por ello con presentar testimonio de que el sujeto no hace excepción a la regla establecida. La gloria, por el contrario, afirma que hay algo de excepcional en el sujeto. La gloria debe conquistarse; el honor no tiene necesidad de otra cosa que de no perderse.

La gloria es la más alta de las categorías intelectuales y morales; y yo propongo la ambición, hoy en desuso, en estos nuestros tiempos, de la gloria como la ambición común que debe albergar un pecho joven. El hombre que ama la gloria y la persigue vive en un estado de exacerbación mental, de lucidez extraordinaria, de acecho a la oportunidad de elevarse ante sí mismo por el servicio excelso a la comunidad. En la ambición de la gloria se forman los espíritus heroicos... Hoy la pereza mental, la vileza de las pequeñas conveniencias materiales, una ansia interesada de destrucción del espíritu, la cobardía predominante, ha hecho que el pueblo considere a la patria como mercancía que puede trocarse por otra mercancía. Se alegan los imperativos económicos, el costo de la guerra en pesos, la disminución de las cosechas como motivo de abandono de las exigencias del espíritu. Es porque al hábito de la gloria, al hábito del heroísmo, hemos sustituido el hábito de la mezquindad y de la holgazanería. Como si la vida valiera por sí misma y no por la emoción que cabe en ella.

Animados por el ideal de la patria; por el ideal de servir, como último objetivo, a ese conglomerado espiritual que se ilumina con las hazañas de los que nos antecedieron y con la esperanza de los que vendrán más tarde, propongámonos

la tarea de hacernos hombres. Elijamos como norma de vida los caminos ásperos; conquistemos la independencia del espíritu por el fortalecimiento de la inteligencia, y la independencia material por el trabajo, recordando que, ante las tiranías económicas, sociales o políticas que nos dominen y que tiendan a conquistar nuestro albedrío, hay dos defensas igualmente eficaces: poder vivir de los propios recursos o estar resuelto a morir de hambre. Tengamos un concepto preciso de la responsabilidad y no vacilemos en comprometernos y comprometer a los demás en las empresas que juzgamos buenas. Imaginemos qué servicio podríamos prestar a la comunidad que no fue hasta ahora sospechado y no vacilemos en acometerlo, y con sagaz temperamento de aventura, contra todos los obstáculos, miserables y desnudos, llevémoslo a su término... No detengamos nunca el primer impulso del corazón, que es generoso; no dejemos marchitar el entusiasmo que despiertan en nosotros los ejemplos gloriosos. No nos conformemos con la ignominia, sino que, ante lo que consideramos reprobable, irgámonos en un acto de desesperada rebeldía. Aspiremos, no ya a conservar el honor que nos legaron sombras que son amparo de la vida; sino a distinguirnos, a sobresalir, a brillar, en el servicio de la patria. Amemos la gloria, culto supremo de los espíritus heroicos.

Pero no se es héroe casualmente. El heroísmo es un estado de permanente mortificación, de permanente disciplina. El menosprecio de las comodidades, de las conveniencias, de las convenciones, representa una labor larga y difícil. Sólo por la propia laceración, por el propio dolor, se llega a las cumbres excelsas del espíritu; y sólo la saturación del alma por el ideal doloroso confiere una posición de irrevocable influencia en el destino de los hombres. Un gran poeta francés contemporáneo describe en poesía inolvidable, que ha traducido Ismael Enrique Arciniegas en forma perfecta, la transfiguración del Señor en el sagrado monte. Jesús, herido y maltrecho se despidió de los discípulos amados al emprender el tránsito. Y la imagen con que termina el poeta, una de las perfectas imágenes de la poesía de todos los tiempos, nos dice cómo la gloria es la coronación del sacrificio:

*Y extendiendo las manos al cielo, les decía:  
Id, y que libres sean los que lloran, esclavos,  
Y se alzaba en los aires. Y el cielo se veía  
A través de las palmas hendidas por los clavos.*

JUAN LOZANO Y LOZANO

